

Zonas de alteridad

Cincuenta años de *Paradiso*

Mauricio Molina

Más vale tarde que nunca. El año pasado se cumplió medio siglo de la primera edición de *Paradiso*, la novela maestra de José Lezama Lima. Jorge Luis Borges afirma que la prueba de fuego de una obra, ya sea de caducidad o de supervivencia, son los cincuenta años; yo añadiría: la edad en que un poema, una novela, un ensayo o un cuento han logrado sobrepasar los límites del gusto, las modas o las vicisitudes de la recepción inmediata. En el caso de *Paradiso*, la prueba está más que cumplida. Publicada originalmente en 1966 en La Habana, la novela sufrió censura y menosprecio por parte del gobierno de Fidel Castro y sus cómplices, los “tortugones amoratados” —diría Lezama— de la censura. La novela fue retirada de circulación

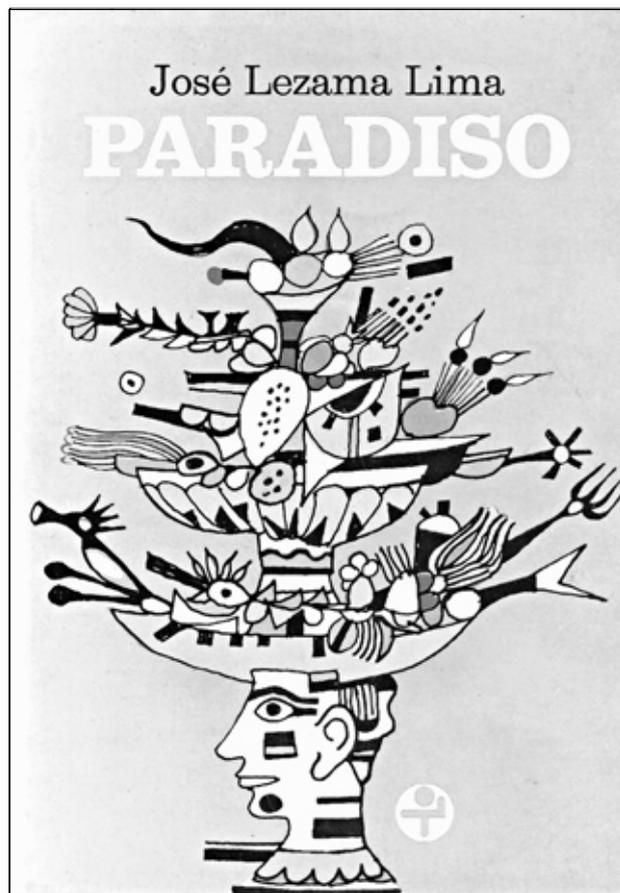
hasta que en 1968 apareció en México gracias a la editorial Era, bajo el cuidado de Carlos Monsiváis y Julio Cortázar. La opacidad de la obra, refractaria y opuesta al realismo revolucionario, su abierta pansexualidad, su barroquismo insolente hacen de la obra de Lezama un monumento a la libertad creativa y, sobre todo, a la lengua en la que escribimos. Nadie desde sor Juana, como bien lo apuntara Octavio Paz en su carta al autor de la novela que nos ocupa, se había adentrado en nuestro continente por los territorios del barroco como Lezama. En *Paradiso* se concretan todos los hallazgos estilísticos de su autor: una prosa flexiva y aglutinante al mismo tiempo, un gusto por la palabra y el juego con la sintaxis. Muy lejos estaba Lezama de sus con-

temporáneos del llamado *Boom* latinoamericano. Lezama Lima es único.

En la literatura cubana Lezama tiene un papel central, al lado de Alejo Carpentier, el otro barroco caribeño. Es interesante encontrar entre ambos cubanos los vasos comunicantes y las profundas diferencias. Carpentier es un narrador nato. Su manejo de la lengua es por así decirlo apolíneo, claro, solar. Lezama en cambio es dionisiaco, ondulante y selvático. Entre los que continuaron esa veta barroca encontramos a Guillermo Cabrera Infante, cuya *Habana para un infante difunto* es un ejercicio barroco diferente al de Lezama y Carpentier. Y luego tenemos a Severo Sarduy, cuya prosa y ensayos amplían y documentan nuestro gusto por el barroco. Estos cuatro auto-



José Lezama Lima



res —Lezama, Carpentier, Cabrera Infante y Sarduy— bastan para crear toda una literatura. Los une la cubanía, la sensualidad corporal, intelectual, verbal.

Ecos de la dilatada prosa de Proust —con quien Lezama tiene más de una deuda—, esa lentitud tan necesaria para una prosa absorbente que se bifurca en múltiples veredas, novela de aprendizaje, *Bildungsroman* al mismo tiempo que viaje iniciático hacia los abismos insondables de la metáfora, del juego omnívoro de un lenguaje que busca abarcarlo todo. Obra iniciática, como toda la suya, porque nos acerca a esa dimensión oculta de la poesía, la del rito del lenguaje arraigado al mito. Porque Lezama Lima, desde sus poemas hasta sus ensayos, pasando por supuesto por su *Paradiso*, una suerte de síntesis, de continente de llegada de su obra, nunca se alejó de la dimensión mítica.

“Sólo lo difícil es estimulante”, escribe el autor cubano en sus *Tratados en La Habana*. La dificultad aparente de su lectura encierra en realidad múltiples placeres y hallazgos. Esa dificultad tan necesaria para adentrarse en los entreveros de la sintaxis, en las menudencias del detalle, en la ondulación permanente del ritmo. Prosa coralífera, proliferante, que busca al mismo tiempo la luz de la superficie y la oscuridad del fondo marino, ocultando a sus creaturas y mostrándolas al mismo tiempo.

Imposible en este breve espacio abarcar el universo sensual de *Paradiso*. Lezama había publicado un par de capítulos casi veinte años antes en *Orígenes*, la mítica revista que fundara y dirigiera. Ya en 1948, nuestro autor había publicado su imprescindible ensayo *Esferaimagen. Sierpe de don Luis de Góngora*, uniéndose a los poetas que celebraron al autor de la *Fábula de Polifemo y Galatea* a los dos lados del Atlántico, de Alberti y García Lorca hasta Neruda y Octavio Paz.

La poética de Lezama, consignada en volúmenes como *La cantidad hechizada* y su incomparable *Introducción a los vasos órficos*, apunta hacia una vocación hermética, de raigambre grecolatina y egipcia. Lezama dialoga no sólo con su cristianismo sino con los dioses del Olimpo y la tradición mística. Su esoterismo es ante todo poético y por lo tanto vital.



Julio Cortázar y José Lezama Lima

Su poesía completa constituye también un monumento fundamental para la poesía hispanoamericana. Poemas como “La muerte de Narciso”, “Llamado del deseo”, “Dador”, los espléndidos poemas contenidos en *Fragments a su imán*, nacieron clásicos.

Paradiso cuenta la vida de José Cemí, álgter ego de Lezama, desde su infancia hasta la revelación de la poesía y el encuentro con su maestro Oppiano Licario. El capítulo inicial es una obertura plena de rituales santeros, un niño débil y febril al que sus padres han dejado al cuidado de los sirvientes. El ritual curativo es un verdadero reto para el lector. La novela transcurre como una sucesión de iluminaciones, revelaciones al encuentro de la poesía. Los ecos o semejanzas con el *Retrato del artista adolescente* de James Joyce, o con *En busca del tiempo perdido* de Proust, son evidentes, pero donde Lezama se distancia del irlandés y del francés es en el uso del lenguaje, en la supeditación de la anécdota al goce del verbo. La prosa de Lezama fluye como un río incontenible y la metá-

fora se erige como un mecanismo productor de sentido.

Juan Goytisolo ha destacado la riqueza verbal de Lezama Lima, sobre todo en su célebre ensayo sobre la metáfora erótica en la obra del cubano. En efecto, el capítulo VII de *Paradiso* contiene algunas de las escenas eróticas más imaginativas y carnales de la literatura en nuestra lengua. La picaresca sexual aunada al uso libérrimo del idioma convierten a este capítulo en un verdadero festín. Porque en Lezama se cumple la noción de Roland Barthes del placer del texto al pie de la letra: un goce por explorar los sentidos, un saludable encuentro con arcaísmos y neologismos, un uso del lenguaje de las ciencias naturales o de la teología. Es la exploración de los vasos órficos donde las metáforas se encadenan al infinito.

Paradiso es una ruta al encuentro de la poesía, un verdadero viaje hacia sus profundidades y sus misterios. Celebremos pues los cincuenta años de *Paradiso*, piedra de toque de la prosa hispanoamericana. **U**